

EL ADIVINO

Era un campesino pobre y muy astuto apodado *Escarabajo*, que quería adquirir fama de adivino. Un día robó una sábana a un amujer, la escondió en un montón de paja y se empezó a alabar diciendo que estaba en su poder adivinarlo todo. La mujer lo oyó y vino a él pidiéndole que adivinase dónde estaba su sábana. El campesino preguntó:

—¿Y qué me darás por mi trabajo?

—Un pud de harina y una libra de manteca.

—Está bien.

Se puso a hacer como que meditaba, y luego le indicó el sitio donde estaba escondida la sábana. Dos o tres días después desapareció un caballo que pertenecía a uno de los más ricos propietarios del pueblo. Era *Escarabajo* quien lo había robado y conducido al bosque, donde lo había atado a un árbol. El señor mandó llamar al adivino y este, imitando los gestos y procedimientos de un verdadero mago, le dijo:

—Envía a tus criados al bosque; allí está tu caballo atado a un árbol.

Fueron al bosque, encontraron al caballo, y el contento propietario dio al campesino cien rublos. Desde entonces creció su fama, extendiéndose por todo el país. Por desgracia ocurrió que al zar se le perdió su anillo nupcial, y por más que lo buscaron por todas partes no lo pudieron encontrar. Entonces el zar mandó llamar al adivino, dando orden de que lo trajesen a su palacio lo más pronto posible. Los mensajeros llegados al pueblo cogieron al campesino, lo sentaron en un coche y lo llevaron a la capital. *Escarabajo*, con gran miedo, pensaba así: «Ha llegado la hora de mi perdición. ¿Cómo podré adivinar dónde está el anillo? Se encolerizará el zar y me expulsarán del país o mandará que me maten».

Lo llevaron ante el zar y este le dijo:

—¡Hola, amigo! Si adivinas dónde se halla mi anillo te recompensaré bien; pero si no, haré que te corten la cabeza.

Y ordenó que lo encerrasen en una habitación separada, diciendo a sus servidores:

—Que lo dejen solo para que medite toda la noche y me dé la contestación mañana temprano. Lo llevaron a una habitación y le dejaron allí solo.

El campesino se sentó en una silla y pensó para sus adentros: «¿Qué contestación daré al zar?»

Será mejor que espere la llegada de la noche y me escape; apenas los gallos canten tres veces huiré de aquí».

Narrativa y gramática on line
www.electrobardo.com



El anillo del zar había sido robado por tres servidores de palacio; el uno era lacayo, el otro cocinero y el tercero cochero. Hablaron los tres, diciendo:

—¿Qué haremos? Si este adivino sabe que nosotros somos los que hemos robado el anillo, nos condenarán a muerte. Lo mejor será ir a escuchar a la puerta de su habitación; si no dice nada, tampoco lo diremos nosotros; pero si nos reconoce por ladrones, no hay más remedio que rogarle que no nos denuncie al zar.

Así lo acordaron, y el lacayo se fue a escuchar a la puerta. De pronto se oyó por primera vez el canto del gallo, y el campesino exclamó:

—¡Gracias a dios! Ya está uno; hay que esperar a los otros dos.

Al lacayo se le paralizó el corazón de miedo. Acudió a sus compañeros, diciéndoles:

—¡Oh amigos, me ha reconocido! Apenas me acerqué a la puerta, exclamó: «Ya está uno; hay que esperar a los otros dos».

—Espera, ahora iré yo —dijo el cochero; y se fue a escuchar a la puerta.

En aquel momento los gallos cantaron por segunda vez, y el campesino dijo:

—¡Gracias a Dios! Ya están dos; hay que esperar sólo al tercero. El cochero llegó junto a sus compañeros y les dijo:

—¡Oh, amigos, también me ha reconocido! Entonces el cocinero les propuso:

—Si me reconoce también, iremos todos, nos echaremos a sus pies y le rogaremos que no nos denuncie y no cause nuestra perdición.

Los tres se dirigieron hacia la habitación, y el cocinero se acercó a la puerta para escuchar. De pronto cantaron los gallos por tercera vez, y el campesino, persignándose, exclamó:

«¡Gracias a Dios! ¡Ya están los tres!».

Y se lanzó hacia la puerta con la intención de huir del palacio; pero los ladrones salieron a su encuentro y se echaron a sus plantas, suplicándole:

—Nuestras vidas están en tus manos. No nos pierdas; no nos denuncies al zar. Aquí tienes

el anillo.

—Bueno; por esta vez los perdono —contestó el adivino.

Tomó el anillo, levantó una plancha del suelo y lo escondió debajo. Por la mañana el zar, despertándose, hizo venir al adivino y le preguntó:

—¿Has pensado bastante?

—Sí, y ya sé dónde se halla el anillo. Se te ha caído, y rodando se ha metido debajo de esta plancha.

Quitaron la plancha y sacaron de allí el anillo. El zar recompensó generosamente a nuestro adivino, ordenó que le diesen de comer y beber y se fue a dar una vuelta por el jardín. Cuando el zar paseaba por una vereda, vio un escarabajo, lo cogió y volvió a palacio.

«Oye —dijo a *Escarabajo*—: si eres adivino, tienes que adivinar qué es lo que tengo encerrado en mi puño». El campesino se asustó y murmuró entre dientes:

—*Escarabajo*, ahora sí que estás cogido por la mano poderosa del zar

—¡Es verdad! ¡Has acertado! —exclamó el zar. Y dándole aún más dinero lo dejó irse a su casa colmado de honores.

ALEJANDRO AFANASIEV

Alejandro Nicolás Afanasiev nació en Boguchar en 1826. Se le considera el más grande folclorista del siglo XIX en Rusia y un recopilador del cuento anónimo ligado a la tradición eslava. Como este tipo de cuentos no perduraron por escrito, como sucede por ejemplo con las leyendas celtas, sino por tradición oral, la labor de Afanasiev debió de ser ímproba, ya que las reformas zaristas de Pedro I sustituyeron la lengua rusa en las clases altas (donde el acomodado, generalmente, impulsa grandes narradores como Tolstoi o Puhskin) y la burguesía por el idioma francés. Afanasiev recorrió las ilimitadas provincias rusas desde Moscú hasta las estepas y la tundra, buscando historias populares que ya no aparecían en la letra impresa. Murió del bacilo de Koch a los cuarenta y cinco años, desahuciado e ignorado por los poderes públicos.

Su lenguaje, como podemos apreciar en el cuento reseñado aquí, renuncia voluntariamente a cualquier estilismo y parece un honesto testigo de lo que los narradores a los que ha frecuentado en sus viajes le han transmitido.

En *El adivino*, Afanasiev retoma la anécdota popular con resabios mágicos como lo hace Herodoto en sus *Nueve libros de la historia* cada vez que alude al doble sentido (que para el viajero de Halicarnaso no fue tan doble) de los enunciados oraculares. Como buen mitógrafo viajero, Afanasiev estima las supuestas artes esotéricas de los que no pueden alimentarse ya por otro medio que la picaresca. Y el lenguaje corporal y escrito, recordémoslo, es la mayor fuente de esoterismo que hay, sin recurrir forzosamente a:

¡N'GHAA N'GHAI, VAF'L FTHANN-YOG-SHOTOTH!

Nuestro augur, un campesino acuciado por el hambre, subvierte esa tradición oracular grecorromana, o al menos evidencia sus mecanismos cínicos, y en lugar de formular juegos lingüísticos que acertarán siempre, sean tomados en uno u otro sentido, provoca él mismo el desenlace del augurio. Recordemos que el rey lidio Creso se detuvo en Delfos para preguntar si debía cruzar el río Halis. La pitia contestó que si Creso cruzaba el Halis, destruiría un gran imperio, cuidándose muy bien de decir qué imperio sería destruido. Creso cruzó y se encontró con las tropas de Ciro II que destruyeron, efectivamente, un gran imperio.

La picaresca de *Escarabajo* ni siquiera va a dejar intervenir al azar, ya que él provee su destino y maniata al azar, que no podrá moverse en un sentido u otro, sino en el que a él le interesa. Este vaticinador tan avezado a la picaresca esconde sábanas en pajares y ata caballos ajenos en el bosque. En ningún momento se le pasa por la cabeza vender la sábana, comerciar con ese caballo o asarlo y comérselo: no nos equivoquemos, *Escarabajo* no es el ladrón. Es un superviviente.

Se aspiran en estas narraciones populares partículas narrativas de grandes narradores rusos y soviéticos como Nikolav S. Leskov (atención a *La pulga de acero*) que parten de estas historias aparentemente sencillas. La fama de *Escarabajo* se extiende rápidamente y la primera prueba real en la que su «talento» debe intervenir directamente y no podrá sesgar el resultado le viene, precisamente, del auténtico ladrón: el zar Pedro I, que a su vez ha sido robado por tres lacayos o mantenidos de él.

Fuera como fuese la historia original (es dudoso que ningún labriego se atreviese a retratar así al poder absoluto encarnado en este amenazante endriago de cuento), la visión que tenemos del poder absoluto a través de los ojos de Afanasiev no puede ser más certera. Mientras el zar se permite lujos como emplear lacayos para viajar, vestir y comer, los auténticos talentos de Rusia tienen que hacer juegos malabares para llenar el estómago (de nuevo *La pulga de acero*, de Leskov, en la que los científicos más creativos son tratados a patadas).

La picaresca aquí no parece que vaya a sacar a *Escarabajo* del brete en el que está metido. Parece que la huida es la única solución. Pero hete aquí que los otros tres pícaros no saben si es un profeta genuino o uno como ellos y escuchan todo el enunciado de la predicción, pero al igual que con la magia oracular dodónica o delfica, lo interpretan en el sentido que no es: es como si el mago hubiera recibido la inspiración necesaria de ese azar al que no respetaba

al principio; pero lo ha recibido porque los lacayos, al igual que él, deben hacer malabarismos para sobrevivir. Los pícaros no se reconocen entre ellos gracias al equívoco, y *Escarabajo* puede seguir acertando en sus prognosis.

Ya disipada toda duda de la autenticidad del agorero, el zar decide proyectar su crueldad una vez más y somete al adivino a la prueba más inquietante: la consideración del zar, que puede ser tan despiadado cuando es amistoso (como en este caso) como cuando es vengativo (en la petición anterior la amenaza de muerte pendía sobre el fracaso). La pregunta del zar es tan diabólica y azarosa que *Escarabajo* solo puede asumir su muerte con una ética campesina envidiable.

Si lo has leído antes de llegar aquí, ya sabes cuál es el final. Si no lo has leído aún, eres afortunado/a. Los seiscientos ochenta cuentos populares de Alejandro Nicolás Afanasiev están reunidos en ocho volúmenes. Es muy aconsejable la edición de Anaya, armónica y salpicada de bellísimas ilustraciones que hacen honor a los cuentos. Como curiosidad cabe destacar que muchas de las historias populares recopiladas no solo no se han perdido con el paso de los siglos, sino que se han integrado en nuevas formas artísticas de transmitir la cultura, como el cómic. Nada menos que Mike Mignola, el creador del cómic *Hellboy*, ha utilizado los cuentos populares de Afanasiev. Así que cuando veamos a Ron Perlman disparando y zurrando la badana en la gran pantalla, acordémonos de que fue necesario que la Baba Yaga y el monje corrompido por la majestad de las deidades oscuras, Rasputín, fuesen rescatados en alguna isba perdida por este defensor de la cultura popular que, literalmente, dio la vida por la literatura.

RUBÉN MUÑOZ HERRANZ